

I

Bruscamente, no, por fuerza, por fuerza, no pude más, no pude continuar. Alguien dijo, No puede permanecer ahí. No podía permanecer allí y no podía continuar. Describiré el lugar, carece de importancia. La cima, muy llana, de una montaña, no, de una colina, pero tan salvaje, tan salvaje, basta. Fango, brezo hasta las rodillas, imperceptibles senderos de ovejas, erosiones profundas. En el hueco de una de ellas yacía yo, al abrigo del viento. Hermoso panorama, sin la niebla que lo velaba todo, valles, lagos, planicie, mar. ¿Cómo continuar? No era necesario empezar, sí, era necesario. Alguien dijo, quizás el mismo, ¿Por qué ha venido? Hubiera podido quedarme en mi rincón, al calor, seco, a cubierto, no podía. Mi rincón, lo describiré, no, no puedo. Simplemente, nada puedo ya, como suele decirse. Digo al cuerpo, ¡Vamos, arriba!, y siento el esfuerzo que realiza, para obedecer, como un viejo penco caído en la calle, que ya no hace, que aún hace, antes de renunciar. Digo a la cabeza. Déjalo tranquilo, quédate tranquila, ella cesa de respirar, después jadea cada vez más. Me siento lejos de esas historias, no debería ocuparme de ellas, no necesito nada, ni ir más lejos, ni quedarme en donde estoy, todo me resulta verdaderamente indiferente. Debería apartarme, del cuerpo, de la cabeza, dejar que se arreglen, dejar que se acaben, no puedo, sería necesario que sea yo quien se acabe. Ah, sí, diríase que somos más de uno, sordos todos, ni siquiera, unidos de por vida. Otro dijo, o el mismo, o el primero, todos tienen la misma voz, todos los mismos pensamientos, Debiera haberse quedado en su casa. Mi casa. Querían que regresara a mi casa. Mi morada. Sin niebla, con buenos ojos, con un catalejo, la vería desde aquí. No se trata de simple fatiga, no estoy simplemente fatigado, a pesar de la ascensión. Tampoco se trata de que quiera permanecer aquí. Había oído, debí haber oído hablar del panorama, el mar allá lejos, en el fondo, de plomo repujado, la planicie llamada de oro tan frecuentemente cantada, los repetidos valles, los lagos glaciares, los humos de la capital, no se hablaba de otra cosa. Por cierto, ¿quiénes son esa gente? ¿Me han seguido, precedido, acompañado? Estoy en la excavación que los siglos han cavado, siglos de mal tiempo, tendido cara al suelo negruzco donde se estanca, lentamente bebida, un agua azafranada. Están arriba, alrededor, como en el cementerio. No puedo levantar la vista hacia ellos, lástima. No veré sus rostros. Las piernas quizás, hundidas en el brezo. ¿Me ven ellos, qué pueden ver de mí? Quizá ya no haya nadie, quizá se hayan ido, asqueados. Escucho y son los mismos pensamientos lo que oigo, quiero decir los mismos de siempre, curioso. Decir que en el valle brilla el sol, en un cielo desmelenado. ¿Desde cuándo estoy aquí? Qué pregunta, me la he planteado con

frecuencia. Y con frecuencia he sabido responder, Una hora, un mes, un año, cien años, según qué entendía por aquí, por mí, por estar, y en esto nunca he ido a buscar nada extraordinario, en esto nunca he cambiado gran cosa, sólo habla el aquí que parecía cambiar. O decía, No debe hacer mucho tiempo, no lo habría soportado. Oigo los chorlitos, significa que cae la tarde, que cae la noche, pues los chorlitos son así, gritan al llegar la noche, tras permanecer mudos durante toda la tarde. Así, así es entre criaturas salvajes y de tan corta vida, en relación a la mía. Y esta otra pregunta, que me es también muy conocida, Por qué he venido, que no tiene respuesta, de modo que respondía, Para variar, o, No soy yo, o, Es el azar, o incluso, Para ver, o en fin, los años fogosos, Es el destino, siento que la pregunta llega, llega, no me hallará desprevenido. Todo es ruido, negra turba saturada que aún debe beber, marejada de helechos gigantes, brezo con remolinos de calma donde se ahoga el viento, mi vida y sus viejos estribillos, Para ver, para variar, no, está visto, todo visto, hasta llenarse los ojos de legañas, ni a la intemperie, el mal está hecho, el mal fue hecho, un día que salí, a remolque de mis pies hechos para ir, para dar pasos, que había dejado ir, que me arrastraron hasta aquí, por eso vine. Y lo que hago, lo esencial, resoplo, diciéndome, con palabras como de humo, No puedo quedarme, no puedo irme, veamos qué ocurre. ¿Y como sensación? Dios mío, no puedo quejarme, es él, pero con sordina, como bajo la nieve, menos el calor, menos el sueño, las sigo bien, todas las voces, todas las partes, bastante bien, el frío me gana, también la humedad, en fin lo supongo, estoy lejos. Mis reumatismos, en todo caso, no pienso en ellos, no me hacen sufrir más que los de mi madre, cuando la hacían sufrir. Mirada paciente y fija, a flor de esta cabeza huraña de buitre, mirada fiel, es su hora, quizá sea su hora. Estoy arriba y estoy aquí, tal como me veo, tendido, los ojos cerrados, la oreja pegada formando ventosa contra la turba que chupa, estamos de acuerdo, todos de acuerdo, en el fondo, desde siempre, nos queremos, nos lamentamos, pero ay, nada podemos. Lo que es seguro es que dentro de una hora será demasiado tarde, dentro de media hora será de noche, y aun, no es seguro, entonces qué, qué es lo que no es seguro, absolutamente seguro, que la noche impide cuanto permite el día, a quienes saben apañárselas, a quienes quieren apañárselas, y pueden, aún pueden intentarlo. La niebla se disipará, lo sé, por mucho que uno esté desprevenido, el viento refrescará, al caer la noche, y el cielo nocturno cubrirá la montaña, con sus luminarias, entre ellas los carros, que me guiarán, una vez más, guiarán mis pasos, esperemos la noche. Todo se confunde, los tiempos se confunden, antes sólo había estado, ahora estoy siempre, dentro de unos instantes aún no estaré, penando a media ladera, o entre los helechos que rodean el bosque, los alerces, no intento comprender, nunca más intentaré comprender, como suele decirse, de momento estoy aquí, desde siempre, para siempre, ya no temeré a las palabras importantes, no son importantes. No recuerdo haber venido, nunca podré irme, mi pequeño mundo, tengo los ojos cerrados y siento en la mejilla el humus áspero y húmedo, mi sombrero ha caído, no ha caído lejos o el viento se lo ha llevado lejos. Lo apreciaba mucho. Unas veces es el mar, otras la montaña, a menudo ha sido el bosque, la ciudad, también la planicie, también probé en la planicie, me he dejado por muerto en todos los rincones, de hambre, de vejez, acabado, ahogado, y después sin razón, muchas veces sin razón, por hastío, eso reanima, un último suspiro, y entonces los

aposentos, de mi hermosa muerte, en la cama, viniéndose abajo con mis penates, y siempre refunfuñando, las mismas frases, las mismas historias, las mismas preguntas y respuestas, ingenuo, basta, al límite de mi mundo de ignorantes, jamás una imprecación, no tan tonto, o quizá no recuerde. Sí, hasta el final, en voz baja, meciéndome, haciéndome compañía y siempre atento, atento a las viejas historias, como cuando mi padre, sentándome en sus rodillas, me leía la de Joe Breem, o Breen, hijo de un farero noche tras noche, durante todo el invierno. Era un cuento: un cuento para niños, transcurría en un peñón, en medio de la tempestad, la madre había muerto y las gaviotas se amontonaban junto al faro, Joe se tiró al agua, es cuanto recuerdo, un cuchillo entre los dientes, hizo lo que tenía que hacer y regresó, es cuanto recuerdo esta noche, terminaba bien, empezaba mal y terminaba bien, todas las noches, una comedia, para niños. Sí, he sido mi padre y he sido mi hijo, me he planteado preguntas y las he contestado lo mejor que pude, me he hecho repetir, noche tras noche, la misma historia, que me sabía de memoria sin poder creerla, o caminábamos, cogidos de la mano, mudos, sumergidos en nuestros mundos, cada uno en sus mundos, con las manos olvidadas, una en la otra. Así he resistido, hasta el presente. Y aún esta noche parece que todo marcha bien, estoy en mis brazos, me tengo en mis brazos, sin mucha ternura, pero fielmente, fielmente. Durmamos, como bajo aquella lejana lámpara, confundidos, por haber hablado tanto, escuchado tanto, penado tanto, jugado tanto.

II

Allá arriba la luz, los elementos, una especie de luz, la suficiente para ver, los vivos se encaminan, sin demasiada dificultad, se evitan, se unen, evitan los obstáculos, sin demasiada dificultad, buscan con los ojos, cierran los ojos, detenidos, sin detenerse, entre los elementos, los vivos. A menos que eso haya cambiado, a menos que eso haya terminado. Las cosas también deben estar allí todavía, un poco más gastadas, un poco más menguadas, muchas en el mismo lugar que en tiempos de su indiferencia. Aquí es otro cantar, pronto también inhabitable, va a ser preciso dejarlo. Uno está allí, dondequiera que uno esté será inhabitable, eso es. Entonces marcharse, no, mejor permanecer. Porque, marcharse, ¿adonde, una vez se está establecido? ¿Volver allá arriba? ¿A pesar de todo? En esta especie de luz. Volver a ver los acantilados, estar aún entre el mar y los acantilados, lanzarse a derecha e izquierda, la cabeza hundida entre los hombros, las manos apretadas contra las orejas, rápido, inocente, equívoco, nocivo. Buscar, a la luz de la noche, excesiva, una necesidad a la altura del ofrecimiento, y esconderse, fracasado, al amanecer, con el nuevo día. Volver a ver a Madame Calvet, desnatando las basuras, antes de que pasen los basureros. Madame Calvet. Aún debe estar allí. Con su perro y su landó esquelético. Qué más soportable. Se hablaba en voz baja, murmuraba, Mi presidente, mi príncipe. Llevaba una especie de tridente. El perro se ponía a dos patas, se cogía al reborde del cubo de la basura, husmeaba en él al mismo tiempo que ella. La molestaba, ella lo dejaba hacer, diciendo, Sucio animal. Un buen recuerdo. Madame Calvet. Sabía lo que quería, quizás incluso lo que hubiera querido. Y la belleza, la fuerza, la inteligencia, del día, cada día, la acción, la poesía, a elección, para todos. Si al menos hubiera modo de ignorarlo. Haber

sufrido bajo esta miserable claridad, qué error. No mostraba nada, de terrible, nada se mostraba en ella, del verdadero asunto, se habría extinguido. Y ahora aquí, qué ahora aquí, un inmenso segundo, como en el paraíso, y el espíritu lento, lento, casi inmóvil. Sin embargo, cambia, algo cambia, debe ser en la cabeza, en la cabeza lentamente la muñeca que se arruga, las veces que uno estaría en una cabeza, está oscuro como en una cabeza, antes de que los gusanos se introduzcan en ella. Celda de marfil. Las palabras también, lentas, lentas, el sujeto muere antes de llegar al verbo, las palabras también se detienen. ¿Mejor así, pues, que en los tiempos de la locuacidad? Eso es, eso es, el lado bueno. Y la ausencia de los otros, ¿nada significa? Bah, los otros, los otros no existen, eso jamás ha molestado a nadie. Además, aquí deben de haber, otros otros, invisibles, mudos, no importa. Sin embargo, nos escondíamos de ellos, pasábamos rozando sus muros, es verdad, aquí falta esto, los derivados faltan, aquí está lo malo, bah, eso se decía allá arriba, sinapismo viviente. Mientras las palabras salgan nada cambiará, ahí están las viejas palabras sueltas aún. Hablar, no hay más, hablar, vaciarse, aquí como siempre, no hay más. Pero las palabras se agotan, es verdad, esto cambia todo, salen mal, malo, malo. O es el temor de llegar a las últimas palabras, de saldar las cuentas, antes del fin, no, porque ese sería el fin, a fin de cuentas, no es seguro. Tener que gemir, sin poder hacerlo, ay, más vale reprimirse, acechar la buena agonía, es engañosa, creemos estar en ella, aullamos, resucitamos, aullidos benéficos, mejor callarse, es el único medio si se quiere reventar, no decir ni pío, reventar quebrándose de imprecaciones reprimidas, explotar mudo, todo es posible, la continuación. No es la muerte, no es la tumba, ni mucho menos, no puede ser la tumba, sería demasiado. Allá arriba quizá sea verano, quizá sea domingo, un domingo de verano. Monsieur Joly está en el campanario, ha dado cuerda al reloj, ahora hace sonar las campanas. Monsieur Joly. Sólo tenía una pierna y media. Domingo. No era necesario salir. Las carreteras estaban oscuras, las carreteras tantas veces amigas. Aquí, al menos, nada de todo eso, ni hablar de creador, y en cuanto a la naturaleza, es vaga. Algo seco, es posible, o líquido, o barro, como antes de la vida. ¿Es aire, a veces casi audible, esto que todavía nos ahoga?, es posible, una especie de aire. Qué ha pasado exactamente, exactamente, ah vieja risa de xantina, lo que faltaba, no, buen viaje, nunca ha sido divertido. No, pero un último recuerdo, el último, puede ayudar, a fracasar otra vez. Piers, empujando sus bueyes por la planicie, no, pues al final del surco alzó los ojos, antes de dar media vuelta, al cielo y dijo, Se acabó el buen tiempo. Y efectivamente, ahí estaba, poco después, la nieve. Equivale a decir que la noche estaba oscura, por fin, había caído, pues no, a pesar del cielo cubierto. Era largo el camino que conducía al refugio, cruzando los campos, tortuoso, todavía debe estar allí. Llegado al borde del acantilado, se arroja, diríase que enloquecido, pero no, astutamente, como una cabra, formando bruscos recodos hacia la playa. Nunca el mar había tronado desde tan lejos, el mar bajo la nieve, aunque los superlativos ya no tengan mucho encanto. La jornada no había sido fructuosa, como era de esperar, dada la estación, la de los últimos puerros. Sin embargo era el retorno, poco importa cuál, el retorno, salvo, nunca se vuelve. ¿Lo que ha sucedido? ¿Un encuentro? ¿¡Pam!? No. Cerca de la granja de los hermanos Graves, corta parada frente a la ventana iluminada. Una luz, roja, a lo lejos, la noche, el invierno, merece la

pena, tenía que merecer la pena. Ya está, hecho, esto termina aquí, yo termino aquí. Un recuerdo lejano, lejos de los últimos, es posible, todavía tenemos un aspecto bastante ágil. Lástima que haya muerto la esperanza. No. Cómo esperábamos allá arriba, por momentos. Con qué diversidad.

III

Deja, iba a decir deja todo esto. Qué importa quién hable, alguien ha dicho qué importa quién hable. Habrá una marcha, formaré parte de ella, no seré yo, yo estaré aquí, me diré lejos, no seré yo, no diré nada, habrá una historia; alguien intentará contar una historia. Sí, nada de mentís, todo es falso, no hay nadie, está claro, no hay nada, nada de frases, seamos burlados, burlados por los tiempos, por todos los tiempos, esperando que pase, que todo haya pasado, que las voces callen, no son más que voces, embustes. Aquí, marcharse de aquí e ir a otra parte, o permanecer aquí, pero yendo y viniendo. Muévete primero, es necesario un cuerpo, como antaño, no digo no, ya no diré no, me diré un cuerpo, un cuerpo que se mueve, hacia adelante, hacia atrás, y sube y baja, según las necesidades. Con un montón de miembros y de órganos, suficientes para vivir una vez más, para resistir, un momentito, a eso llamaré vivir, diré que soy yo, me pondré en pie, no pensaré más, estaré demasiado ocupado, en mantenerme de pie, en resistir de pie, en trasladarme de lugar, en aguantar, en llegar al día siguiente, a la semana siguiente, eso bastará, ocho días bastarán, ocho días en primavera, es estimulante. Basta desear, voy a desear, a desearme un cuerpo, a desearme una cabeza, un poco de fuerza, un poco de coraje, me voy a lanzar, ocho días pasan rápido, después el regreso, este lugar inextricable, lejos de los días, los días están lejos, no será fácil. Y por qué, después de todo, no no, deja, no empieces otra vez, no lo escuches todo, no lo digas todo, todo es viejo, todo es lo mismo, decidido. Hete aquí recuperado, soy yo quien lo digo, lo juro, mueve las manos, tócate el cráneo, el entendimiento está ahí, sin lo cual nones, a continuación la continuación, las partes bajas, son necesarias, y di cómo eres, dilo a ojo, qué clase de hombre, es necesario un hombre, o una mujer, toca a ver entre las piernas, no hay necesidad de belleza, ni de vigor, ocho días pasan rápido, no te amarán, no temas. No, así no, demasiado rápido, me he dado miedo. Y después, para empezar, deja de jadear, no van a matarte, ah no, no van a quererte y no van a matarte, puedes aparecer en la alta depresión de Gobi, te sentirás como en tu propia casa. Te esperaré aquí, muy tranquilo, tranquilo por ti, no, estoy solo, solo estoy, soy yo quien se va, esta vez seré yo. Sé cómo lo haré, seré un hombre, es necesario, una especie de hombre, de niño viejo, tendré un aya, me querrá, me dará la mano, para cruzar, me soltará en las plazas, me portaré bien, me pondré en un rincón y me peinaré la barba, la alisaré, para estar más guapo, un poco más guapo, si pudiera suceder así. Ella me dirá, Ven, Jesusito, es hora de regresar. No tendré responsabilidad, ella tendrá toda la responsabilidad, se llamará Nanny, la llamaré Nanny, si pudiera suceder así. Ven, mi vida, es la hora de la teta. Quién me ha enseñado todo cuanto sé, yo solo, cuando aún vagabundeaba, lo he deducido todo, de la naturaleza, con la ayuda de un todo-en-uno, bien sé que no, pero es demasiado tarde, demasiado tarde para negarlo, los conocimientos están ahí, brillan

alternativamente, próximos y lejanos, guiñando sobre el abismo, cómplices. Deja, hay que irse, de todos modos hay que decirlo, es el momento, no se sabe por qué. Qué más da, que nos digamos aquí o en otra parte, fijo o amovible, sin forma u oblongo como los hombres, sin luz o en la del cielo, no sé, parece que cuenta, no será fácil. Si continuara allí donde todo se ha extinguido, no, nada saldrá de ahí, nunca ha salido nada, por eso se ha extinguido también la memoria, una gran llama y después la oscuridad, un gran espasmo y después ni peso ni espacio transitable, no sé. He intentado dejarme caer desde el acantilado, en la calle, en medio de los mortales, nada salió de ahí, he abandonado. Rehacer el camino que me trajo hasta aquí, antes de emprenderlo en sentido contrario, o de ir más lejos, sabio consejo. Eso es para que no me mueva nunca más, para que hable aquí hasta el fin de los tiempos, murmurando, cada diez siglos, No soy yo, no es cierto, no soy yo, estoy lejos. No no, hablaré del futuro, hablaré en futuro, como cuando me decía, por la noche, Mañana me pondré mi corbata azul, con estrellas, y me la ponía, al acabar la noche. Rápido, rápido, antes de llorar. Tendré un amigo, de mi promoción, una patria, un viejo recluta, reviviremos nuestras campañas comparando nuestros rasguños. Rápido, rápido. Sirvió en la marina, quizá bajo Jellicoe, mientras que yo tiraba a cubierto contra el invasor desde detrás de un tonel de Guinness, con mi arcabuz. Ya no tenemos, eso es, en presente, para mucho tiempo, es nuestro último invierno, aleluya. Hay como para preguntarse qué acabará con nosotros. El pecho acabará con él, conmigo la próstata. Nos envidiamos, él me envidia, yo le envidio, por momentos. Me cateterizo yo mismo, con mano temblorosa, de pie en los urinarios, doblado en dos, al abrigo de mi capa, me toman por un viejo asqueroso. Mientras él me espera en un banco, sacudido por un acceso de tos, escupiendo en una tabaquera que apenas repleta vacía en el canal, por civismo. Nos hicimos dignos de la patria, acabará por hospitalizarnos. Pasamos nuestra vida, es nuestra, deseando que un rayo de sol y un banco gratuito quepan en el mismo instante, en un oasis de césped público, hemos empezado a amar la naturaleza, un poco tarde, nos pertenece a todos, según en qué lugares. Sofocándose, me lee en voz baja el periódico del día anterior, más le hubiera valido ser ciego. Las carreras de caballos nos apasionan, las de galgos también, no tenemos opinión política, aunque seamos ligeramente republicanos. Pero también nos interesamos por los Windsor, por los Hanovrienses, ya no sé, por los Hohenzollern quizá. Nada humano nos es ajeno, una vez digeridas las noticias hípicas y caninas. No, solo, solo estaré mejor, irá más rápido. Me daría de comer, conocía a un tocinero, me haría tragar el alma con mortadela. Impediría con sus consuelos, alusiones al cáncer, recuerdos de inmortales borracheras, el desánimo de levantar su piedra. Y yo, en lugar de estar por entero ocupado en mis horizontes, lo que quizá me hubiera permitido echarlos bajo un camión, me dejaría distraer por los suyos. Le diría, Va, hombre, deja todo eso, no lo pienses más, y sería yo quien no lo pensaría más, embrutecido de fraternidad. Y las obligaciones, pienso sobre todo en las citas a las diez de la mañana, hiciera el tiempo que hiciera, delante de Duggan, donde ya había mucha animación, los aficionados ya habían acudido para poner sus apuestas en lugar seguro, antes de la apertura de los chiringuitos. Éramos, ahora se acabó, tanto mejor, tanto mejor, muy puntuales debo decirlo. Ver llegar los restos de Vincent bajo una lluvia violenta, con un balanceo

involuntariamente alegre de viejo lobo de mar, la cabeza envuelta en un trapo ensangrentado, los ojos vivarachos, era, para quien tuviera vista, un ejemplo de lo que el hombre es capaz en su sed de placeres. Con una mano sostenía su esternón, con el dorso de la otra la columna vertebral, no, no son más que recuerdos, pretextos antidiluvianos. Ver lo que pasa aquí, donde no hay nadie, donde no pasa nada, hacer que algo pase, que haya alguien, ponerle fin, hacer el silencio, andar en el silencio, o en otro ruido, un ruido de voces distintas a las de la vida y la muerte, de vidas y muertes que no quieren ser las mías, andar en mi historia para poder salir de ella, no, pamplinas. Quizás al fin me crezca una cabeza toda mía, donde guisar venenos dignos de mí, y piernas para vagabundear, por fin estaría ahí, podría irme, es todo lo que pido, no, no puedo pedir nada. Sólo la cabeza y las dos piernas, o una sola, en medio, me iría dando saltitos. O sólo la cabeza, muy redonda, lisa, sin necesidad de lineamentos, rodaría, seguiría las pendientes, casi puro espíritu, no, no irá bien, desde aquí todo remonta, la pierna es necesaria, o el equivalente, algunas anillas quizá, contráctiles, con esto se va lejos. Partir de delante de Duggan, una mañana primaveral lluviosa y soleada, con la incertidumbre de poder llegar hasta la noche, ¿qué pasa aquí que no marcha? Sería tan fácil. Estar oculto dentro de aquella carne o dentro de otra, en este brazo que aprieta una mano amiga, y en esta mano, sin brazo, sin manos, y sin alma entre almas temblorosas, a través de la multitud, entre los aros, los globos, ¿qué pasa aquí que no marcha? No lo sé, estoy aquí, es todo lo que sé, y que aún no soy yo, con esto hay que arreglarse. No hay carne en ningún sitio, ni de qué morir. Deja todo eso, querer dejar todo eso, sin saber lo que eso quiere decir, todo eso, está dicho pronto, está pronto hecho, en vano, nada se ha movido, nadie ha hablado. Aquí, aquí no sucederá nada, aquí no habrá nadie en mucho tiempo. Las marchas, las historias, no son para mañana. Y las voces, vengan de donde vengan, están bien muertas.

IV

¿Adonde iría, si pudiera irme, qué sería, si pudiera ser, qué diría, si tuviera voz, quién habla así, diciéndose yo? Responded simplemente, que alguien responda simplemente. Es el mismo desconocido de siempre, el único por quien existo, en el hueco de mi existencia, de la suya, de la nuestra, he aquí una respuesta simple. No es pensando que me encontrará, pero qué puede hacer, vivo y perplejo, sí, vivo, diga lo que diga. Olvidarme, ignorarme, sí, sería lo más prudente, él lo sabe. Por qué esta súbita amabilidad después de tanto abandono, es fácil de entender, es lo que él se dice, pero no lo entiende. No estoy en su cabeza, en ninguna parte de su viejo cuerpo, y sin embargo estoy aquí, para él estoy aquí, con él, de ahí tanta confusión. Debería bastarle, haberme encontrado ausente, pero no, él me quiere allá, con una forma y un mundo, como él, a pesar de él, a mí que lo soy todo, como él que no es nada. Y cuando me nota sin existencia, me quiere privar de la suya, e inversamente, loco, loco, está loco. En realidad, me busca para matarme, para que esté muerto como él, muerto como los vivos. Todo esto lo sabe, pero de nada sirve, saberlo, yo no lo sé, no sé nada. Se guarda de razonar, pero no hace otra cosa que razonar, falso, como si sirviera de algo. Cree balbucir, balbuciendo cree atrapar mi silencio, callarse con mi silencio,

desearía que fuera yo quien le hiciera balbucir, seguro que balbucea. Cuenta su historia cada cinco minutos, diciendo que no es la suya, reconoced que es astuto. Desearía que fuera yo quien le impidiera tener una historia, por supuesto que no tiene historia, ¿es razón suficiente para querer encajarme una? Así es como razona, al margen, de acuerdo, pero al margen de qué, eso es lo que hay que ver. Me hace hablar diciendo que no soy yo, reconoced que es excesivo, me hace decir que no soy yo, yo que no digo nada. Todo esto resulta verdaderamente grosero. Si me concediera al menos la tercera persona, como a sus otras quimeras, todavía, pero no, quiere mi yo, para su yo. Cuando me tenía, cuando él era yo, se apresuró a abandonarme, yo no existía, no le gustaba, no era una vida, por supuesto que yo no existía, él tampoco, por supuesto que no era una vida, él tiene ahora su vida, que la pierda, si quiere paz, y aun. Su vida, hablemos de ella, eso no le gusta, ha comprendido, de modo que no es la suya, no es él, figuraos, hacerle eso a él, es bueno para Molloy, para Malone, esos son los mortales, los felices mortales, pero él, ni lo soñéis, pasar por eso, él que nunca se ha movido, él que soy yo, consideradas todas esas cosas, y qué cosas, y de qué modo consideradas, no tenía más que no haber ido allí. Es así como habla, esta noche, así me hace hablar, así como se habla a sí mismo, así como hablo, estoy solo, con mis quimeras, esta noche, aquí, sobre la tierra, y una voz que no hace ruido, porque no se dirige a nadie, y una cabeza llena de guerras cansadas y de muertos inmediatamente puestos en pie, y un cuerpo, iba a olvidarlo. Esta noche, digo esta noche, quizá sea la mañana. Y todas esas cosas, qué cosas, a mi alrededor, ya no quiero negarlas, ya no vale la pena. Si es la naturaleza, quizá sean árboles y pájaros, van juntos, el agua y el aire, para que todo pueda continuar, no necesito conocer los detalles. Quizás esté sentado bajo una palmera. O es una habitación, con muebles, todo lo necesario para que la vida resulte más cómoda, apenas iluminada, a causa del muro frente a la ventana. Lo que hago, hablo, hago hablar a mis quimeras, sólo puedo ser yo. Debo callarme también, y escuchar, y oír entonces los ruidos del lugar, los ruidos del mundo, ved que me esfuerzo, para ser razonable. Ahí está mi vida, por qué no, es una vida, si se quiere, si se empeña uno absolutamente, no digo no, esta noche. Es necesaria, parece, puesto que hay palabra, no hay necesidad de historia, una historia no es de rigor, sólo una vida, éste fue mi error, uno de mis errores, haberme exigido una historia, cuando sólo la vida bastaba. Progreso, ya era hora, acabaré por poder cerrar mi sucio morro, salvo previsto. Pero el que va y viene, que se las arregla para trasladarse de lugar, solo, incluso si nada le sucede, evidentemente, aquél. Yo permanezco aquí, sentado, si estoy sentado, a menudo me siento sentado, a veces de pie, es lo uno o lo otro, o acostado, es otra posibilidad, a menudo me siento acostado, una de las tres cosas, o de rodillas. Lo que cuenta es estar en el mundo, poco importa la postura, puesto que se está en la tierra. Respirar, no se exige más, vagabundear no es una obligación, recibir tampoco, puede uno incluso creerse muerto a condición de hacerlo notar, ¿puede soñarse un régimen más tolerante?, no lo sé, no sueño. En tales condiciones, inútil decirme otra parte, otro, tal como tengo todo cuanto necesito a mano, para qué, no sé, lo que tengo que hacer, otra vez heme aquí por fin solo, debe ser un alivio. Sí, hay momentos como este momento, como esta noche, en que casi parezco restituido a lo factible. Después pasa, todo pasa, de nuevo estoy lejos, todavía

tengo una lejana historia, me espero a lo lejos para que mi historia empiece, para que termine, y de nuevo esta voz no puede ser la mía. Es allí a donde iría, si pudiera ir, aquél el que sería, si pudiera ser.

V

Sostengo el estilete, sostengo la pluma, en las audiencias de no sé qué causa. Por qué desear que sea la mía, no me apetece. Vaya, esto vuelve a empezar, he aquí la primera cuestión de la noche. Ser juez y parte, testigo y defensor, y el que, atento, indiferente, sostiene el estilete. Es una imagen, en mi cabeza sin fuerza, donde todo duerme, todo está muerto, está por nacer, no lo sé, o ante mis ojos, ven la escena, por un instante, a través de los párpados, en un abrir y cerrar de ojos. Después se cierran, deprisa, para mirar el interior de la cabeza, para intentar ver en ella, para buscarme en ella, para buscar a alguien, en el silencio de una justicia muy distinta, en los tejidos de esta instancia oscura donde ser es ser culpable. Porque nada se manifiesta, todo calla, se tiene miedo de nacer, no, nos gustaría, para empezar a morir. Nosotros, es decir yo, no es lo mismo, aquí donde me agoto en querer ver no debe haber querer. Podría levantarme, dar una vuelta, me muero de ganas, pero no lo haré. Sé a dónde iría, iría al bosque, intentaría llegar hasta el bosque, a menos que no esté ya en él, no sé donde estoy. En todo caso me quedo. Sé de qué se trata, busco ser como el que yo busco, en mi cabeza, el que mi cabeza busca, el que impongo a mi cabeza que busque, sondeándose. No, no hagas como si buscaras, no hagas como si pensaras, permanece únicamente al acecho, los ojos desorbitados detrás de los párpados, el oído al acecho de una voz que no pertenezca a un tercero, aunque sólo por un instante, el tiempo de una nueva mentira. Oigo decir, debe ser de nuevo la voz de la razón, que la espera es vana, que mejor haría yendo a dar una vuelta, como se desplaza un soldado de plomo. Y sin duda es siempre ella la que responde que ya no puedo, yo que hasta hace un momento parecía poder, a menos que sea el sentimiento que dice su última palabra, es notoriamente mudable, embaucado. Pozzo, ¿por qué se marchó de su casa?, tenía un castillo y sirvientes. Insidiosa cuestión, para no olvidarme de que soy el acusado. A veces oigo cosas que por un instante me parecen justas, y por un instante lamento que no me pertenezcan. Después, qué alivio, qué alivio saberme mudo para siempre, si al menos no sufriera por ello. Y sordo, creo que sordo sufriría menos, por ser mudo, eso sí, qué alivio, no cargar con eso en la conciencia. Sí, he oído decir que tengo una especie de conciencia, y también una especie de sensibilidad, con tal de que el orador no olvide nada, y que al escuchar, al escribir, estoy afligido, estoy enterado, está anotado. Esta noche la sesión es tranquila, largos silencios en los que todos me observan, lo hacen para hacerme salir de mis casillas, siento crecer en mí gritos confusos, está anotado. Por el rabillo del ojo observo la mano que escribe, borrosa por... por lo contrario de la distancia. Quiénes son esas gentes, es la curia, según la imagen que presentan, pero sólo según la imagen, hay otras, habrá otras, otras imágenes, otras gentes. ¿No veré nunca más el cielo, no podré ya nunca más ir y venir, al sol, bajo la lluvia?, la respuesta es no, todos responden no. Afortunadamente, no he preguntado nada, he aquí la clase de enfermedad que les envidio, el tiempo del eco. El

cielo, he... el cielo y la tierra, he oído hablar mucho de ellos, esto sí es verdaderamente literal, no invento nada. He anotado, he debido de anotar muchas historias, tomándolas como adorno, crean ambiente. En el lugar destinado al héroe acusan una gran separación, mientras que a su alrededor van juntándose, de manera que él se encuentra como si dijéramos bajo una campana, pudiendo al mismo tiempo desplazarse al infinito en todos los sentidos, entienda quien pueda, esto no forma parte de mis funciones. El mar también, también estoy al tanto del mar, forma parte de la misma serie, incluso me ahogué en él en varias ocasiones, bajo diversas falsas apelaciones, déjame reír, si al menos pudiera reír, todo desaparecería, qué, quién sabe, todo, yo, embaucado. Sí, veo la escena, veo la mano, sale lentamente de la sombra, la de la cabeza, luego de un alto regresa a la sombra, esto no me concierne. Como un animalito patiocorto se adelanta un poco al descubierto, luego vuelve a meterse, lo que hay que oír, lo digo tal como lo oigo. Es la mano del escribiente, ¿tiene derecho a peluca?, no sé, antaño quizá. Lo que hago cuando el silencio se hace, recalando un efecto oratorio, o efecto de la languidez, de la perplejidad, de la consternación, paso y repaso entre mis labios la falangita del índice, pero es la cabeza la que se mueve, la mano reposa, con detalles semejantes uno cree poder engañar al mundo. Esta noche es así, mañana será distinto, compareceré quizás ante el concilio, se hará la justicia del amor supremo, severa como debe ser, pero sujeta a extrañas indulgencias, se tratará de mi alma, esto está mejor, quizá pedirán piedad por mi alma, no hay que perderselo, no estaré allí, Dios tampoco, no importa, estaremos representados. Sí, seguramente sucederá pronto, hace ya una eternidad que no he sido condenado, sí, pero cada nuevo día trae una nueva pena, esta noche sostengo la pluma. Esta noche, siempre es de noche, siempre se habla de la noche, aunque sea por la mañana, es para hacerme creer que la noche llega, que trae el reposo. Primero sería necesario creerme que estoy aquí, después me tragaría todo lo demás, no habría nadie más crédulo que yo, si estuviera aquí. Pero estoy aquí, no es posible que sea de otro modo, precisamente, no es posible, no es necesario que sea posible. ¡Vaya negocio!, estar aquí si uno no se lo cree. Es cansador, ganar y perder de un solo golpe, con las emociones concomitantes, no somos de piedra, consignar el arresto, encasquetarse el birrete y desmayarse, a la larga es cansador, estoy cansado, estaría cansado, si estuviera en mi lugar. Es un juego, se convierte en un juego, voy a levantarme, voy a marcharme, si no soy yo será alguien, un fantasma, vivan los fantasmas, los de los muertos, los de los vivos y los de aquellos que no han nacido. Le seguiré, a través de mis ojos sellados, no necesita puertas, ni pensamiento, para salir de esta cabeza imaginaria, mezclarse con el aire, con la tierra, hacerse absorber, poco a poco, en el exilio. Aquí estoy, asediado, que se vayan, uno a uno, que los últimos me abandonen, dejándome vacío, vacío y silencioso. Son ellos quienes susurran mi nombre, quienes me hablan de mí, quienes hablan de un yo, que se vayan a hablar de esto a otros, que no les creerán o que sí les creerán. Esas voces son tuyas, son como un ruido de cadenas en mi cabeza, me rechinan que tengo una cabeza. Esta noche la audiencia se celebra en el interior de esa cabeza, al fondo de esta noche abovedada, aquí sostengo el estilete, sin comprender lo que oigo, sin saber lo que escribo. Aquí se celebrará mañana el concilio, rezarán por mi alma, como por la de un muerto, como por la de un

niño muerto, dentro de su madre muerta, para que no vaya al limbo, es bonita, la teología. Será otro anochecer, todo sucede al anochecer, pero la noche será la misma, también la noche tiene sus anocheceres, sus mañanas y sus anocheceres, he aquí una bonita perspectiva del espíritu, es para hacerme creer que el día llega, que disipa los fantasmas. Y ahora, aquí están los pájaros, los primeros pájaros, a qué viene ahora este cuento, no te olvides del punto de interrogación. Debe ser el final de la sesión, ha sido tranquila, en conjunto. Sí, esto sucede, de pronto hay pájaros y todo calla por un instante. Pero los fantasmas vuelven, aunque se vayan, se mezclan con los agonizantes, vuelven para deslizarse dentro del ataúd, pequeño como una caja de cerillas, es gracias a ellos que sé lo que sé sobre las cosas de allá arriba, y todo cuanto se supone que sé sobre mí mismo, quieren crearme, quieren hacerme, como la pájara al pajarito, con larvas que ella busca a lo lejos, con peligro de... ¡iba a decir con peligro de su vida! Pero cada nuevo día trae una pena nueva, éstas son otras actas. Sí, empezamos a estar muy cansados, muy cansados de su pena, muy cansados de su pluma, la pluma cae, está anotado.

VI

¿Qué sucede entre esas apariciones? ¿Y si sucediera esto, que mis guardianes descansan y duermen, antes de emprenderla de nuevo conmigo, y si sucediera aquello? Sería normal, que se recuperaran. ¿Todos a la vez? ¿Juegan a las cartas, un poco, a la petanca, para descansar la cabeza, tienen derecho al recreo? Yo diría, si tuviera voz y voto, que no, nada de recreo, sólo un poco de descanso, un refrigerio, como máximo, en consideración a la salud. Les gusta este trabajo ¡lo noto! No, pero quiero decir en mí, no se trata de ellos. Mala acústica esta noche, sólo fragmentos de conversaciones, verdaderamente. Las noticias, ¿recuerdas las últimas noticias, las de la noche, a última hora, en lentas letras luminosas, por encima de Piccadilly Circus, en la niebla? Dónde estabas, en el umbral del pequeño estanco cerrado en la esquina de Glasshouse Street, no, no te acuerdas, y con razón. A veces es así, un poco, a veces el ojo que trabaja, y el silencio, los suspiros, como de una tristeza agotada de gritar, o vieja de repente, que se ve de repente vieja, y suspira sobre sí misma, sobre los hermosos días, los largos días en los que se proclamaba eterna, pero más bien es infrecuente. Mis guardianes, por qué guardianes, no pienso irme, ah, ya comprendo, para que me crea prisionero, tan henchido de presencia que podrían derrumbarse los muros, las murallas, las fronteras. Otras veces son enfermeros, blancos de pies a cabeza, incluso los zapatos son blancos, entonces es otro el lenguaje, pero se convierte en el mismo. Otras veces son especies de vampiras, blandas y desnudas como gusanos, se arrastran cloqueando alrededor del cadáver, pero muerto tengo tan poco éxito como moribundo. Otras veces son grandes racimos de huesos, bamboleantes, con ruido de castañuelas, resulta limpio, y alegre como negros. Iría con ellos, si pudiera ir enseguida, pero por qué será que nunca nada es nunca enseguida. He aquí algunos ejemplos. Variada, mi vida es variada, no llegaré a nada. Lo sé, aquí no hay nadie, ni yo ni nadie, pero no son cosas que deban decirse, así pues, no digo nada. En otra parte no digo que no, en otra parte, ¿puede existir otra parte en este aquí infinito? Lo sé,

con un poco de cabeza me saldría de ésta, en mi cabeza, como tantas otras, y de peores que ésta, sería de nuevo el mundo, en mi cabeza, y yo en el fondo tal como en los primeros tiempos. Sabría que nada se ha movido, que basta quererlo para ir y venir bajo el cielo mudable, sobre la tierra movediza, como a lo largo de los largos días de verano demasiado cortos para todos los juegos, los llamábamos juegos, si tuviera un poco de cabeza. De nuevo, allí, el aire, el sol, las sombras del cielo resbalando sobre la tierra y esta hormiga, esta hormiga, afortunadamente ya no tengo cabeza. Deja, deja, nada lleva a ninguna parte, nada de todo esto, mi vida es variada, no se puede tener todo, no llegaré a nada, pero, ¿cuándo he llegado a algo? ¿Cuando trabajaba, todo el día, y parte de la noche, iba a olvidarlo, cuando creía que perseverando llegaría a encontrarme? Y bien, heme aquí, polvillo en un nidillo que un soplo levanta, que otro derriba, procedentes de un exterior perdido. Sí, estoy aquí para siempre, con las arañas y las moscas muertas, bailando al son del estremecimiento de sus alas enredadas, y estoy muy contento por ello, muy contento de que haya terminado, de afanarme con ellas, a través de su valle de lágrimas. A veces llega una mariposa, caliente por las flores, qué débil está, y pronto muerta, las alas en cruz, como si descansara, al sol, las escamas grises. Hay que suprimir, las palabras se dejan suprimir, y los locos pensamientos que inventan, la nostalgia del fango donde sopló el espíritu de lo Eterno y escribió su hijo, mucho más tarde, con la punta de su dedo de imbécil divino, a los pies de la adúltera, hay que barrer, basta con decir no haber dicho nada, es otra vez no decir nada. Pero, qué habrá sido de ellos, en tal caso, de los tejidos que yo era, ya no los veo, ya no los siento, flotando a mi alrededor, en mí, bah, todavía deben de arrastrarse en alguna parte, haciéndose pasar por mí. ¿Me lo he creído alguna vez, me he creído alguna vez allá?, mejor busca por allá, quizás estés todavía allá, tontamente, sólo que seguro que no. Los ojos, sí, si estos recuerdos son míos, he debido creerlo, un momento, creer verme allá, oscuramente, al fondo de sus perspectivas. Me veo, con los de aquí, sellados desde hace mucho tiempo, escudriñar con los de entonces, debía tener doce años, a causa del espejo, redondo, un espejo para afeitarse, de dos caras, una de aumento, la otra normal, escudriñar uno sólo de los otros, de los verdaderos, de los verdaderos de entonces, y verme allá, imaginar verme allá, agazapado al fondo de las velas azuladas, que me miraba sin verme, a los doce años, a causa del espejo, giratorio, a causa de mi padre, si era mi padre, en el cuarto de aseo, desde donde se veía el mar, y los barcos-faro de noche, y el disco rojo del puerto, si estos recuerdos me observan, a los doce años, o a los cuarenta, pues el espejo permanece, mi padre partió, pero el espejo permanece, donde tanto había cambiado, mi madre se peinaba frente a él, con manos nerviosas, en otra casa, desde donde no se veía el mar, desde donde se veía la montaña, si es que era mi madre, qué buen soplo de vida en el mundo. Yo fui, yo fui, dicen los del Purgatorio, también los de los Infiernos, admirable plural, maravillosa seguridad. Hundido en el espejo hasta las narices, los párpados pegados por lágrimas heladas, volver a vivir sus campañas, qué tranquilidad, y saberse al final de sus sorpresas, no, he debido de oír mal. ¿Cuántas horas todavía, antes del silencio siguiente, no son horas, no será el silencio, cuántas horas todavía, hasta el próximo silencio? Ah, estar informado, saber esta cosa sin fin, esta cosa, esta cosa, este barullo de silencio y palabras, de silencios que no lo son, de

palabras que son murmullos. O saber que aún es la vida, una forma de vida, una forma de vida destinada a acabar, como otras han podido acabar, como otras podrán acabar, antes de que la vida acabe, bajo todas sus formas. Palabras, palabras, la mía nunca fue más que esto, confusamente una mezcla de silencios y palabras, mi vida, la mía, que yo declaro acabada, o por venir, o todavía en curso, según las palabras, según las horas, con tal que dure todavía de esta extraña manera. Apariciones, guardianes, qué niñería, y vampiras, decir que he dicho vampiras, ¿sé, al menos, qué quiere decir?, pero claro que no, y lo que sucede, entretanto, como si lo ignorase, como si hubiera dos cosas, otra cosa que esta cosa, ¿qué es esta cosa innombrable, que yo nombro, nombro, nombro, sin usarla, y llamo a esto palabras? Es que no he dado con las buenas, las que matan, de las acritudes de este infame pienso todavía no me han subido a la garganta, de este torrente de palabras, con qué palabras nombrarlas, mis palabras innombrables. Sin embargo, tengo esperanza, lo juro, de poder un día contar una historia, una más, con hombres, con especies de hombres, como en los tiempos en que no dudaba de nada, casi. Pero antes hay que cerrar la boca y seguir llorando, con los ojos muy abiertos, para que el precioso líquido se pierda libremente, sin quemar los párpados, o el cristalino, ya no sé, lo que quema. Vaya, ¿podría ser éste simplemente el tono, y el tenor, de los sollozos? Demasiada suerte. Además, ni una lágrima, ni una, más bien me reiría. Tampoco. Serio, estaré serio, ya no escucharé, cerraré la boca y estaré serio, es la hora, ha vuelto. Y abierta de nuevo será, quién sabe, para contar una historia, en el verdadero sentido de la palabra, de la palabra contar, de la palabra historia, tengo esperanzas, una historieta, a los seres vivientes yendo y viniendo sobre una tierra habitable atiborrada de muertos, una corta historia, bajo el vaivén del día y de la noche, si llegan hasta allá, las palabras que permanecen, tengo esperanzas, lo juro.

VII

¿Lo he intentado todo, he escudriñado bien en todas partes, escuchando con paciencia, sin hacer ruido? Hablo en serio, como a menudo, me gustaría saber si lo he hecho todo, antes de darme de baja, y abandonar. En todas partes, quiero decir en los lugares donde tenía probabilidades de estar, donde antes me encontraba, esperando la hora de deslizarme fuera, lugares conocidos, esto es lo que quería decir al decir en todas partes. Antes, quiero decir cuando aún me movía, cuando sentía que me movía, con pena, apenas, pero en conjunto cambiando indudablemente de lugar, los árboles lo decían, las arenas, el aire de las cimas, los adoquines de la ciudad. Este tono promete, se parece al de antaño, al de los días y las noches en que estaba tranquilo, a pesar de todo, cuando pasaba y volvía a pasar por el inútil camino, sabiéndolo corto, y suave, visto desde Sirius, de una calma de muerte, en el corazón de mis frenesíes. Mi pregunta, tenía una pregunta, ah, sí, si lo he intentado todo, aún la veo, pero pasa, más ligera que el aire, como una nube, una noche de luna, delante del tragaluz, delante de la luna, como la luna, delante del tragaluz. No, a su manera, la suya, la conozco bien, la de la sombra que se sigue de noche con los ojos, pensando en otra cosa, el espíritu en otra parte, sí, eso, el espíritu en otra parte, y los ojos también, a

decir verdad los ojos en otra parte también. Ah, si hay que decir decirlo todo a medias, como en los salones, no, sólo tengo un deseo, si aún lo tengo. Pero otra cosa, antes de las serias, tengo el tiempo justo, si me doy prisa, el tiempo justo en el vacío de todo este tiempo. Otra cosa, a esto lo llamo otra cosa, esta vieja cosa, que me mato por callar, viendo escapar los instantes, con delicia, a esto llamo delicia, hablo de delicias, en lugar de aprovechar la ocasión, que tardará en presentarse de nuevo, si la memoria no me engaña, pero se presentará, es mi consuelo, con su cabalgata de instantes. Por lo demás, no soy yo, no hablo de mí, lo he dicho cien mil veces, inútil confesarme confuso, confuso por hablar de mí, cuando existe X, paradigma del género humano, moviéndose a voluntad, con penas y alegrías, quizá mujer e hijos, ascendientes ciertamente, un caparazón a imagen y semejanza de Dios y una cabeza contemporánea, pero sobre todo dotado de movimiento, es esto sobre todo lo que llama la atención, su retrato es tan fácil y su alma tan instructiva, que realmente hablar de sí, cuando existe X, no, menos mal que no hablo de mí, basta, loro asqueroso, te mataré. ¿Y si durante todo este tiempo, desde hace todo este tiempo, hubiera permanecido en la sala de espera de tercera clase de la estación del Sud-Este?, no me atrevía nunca a cambiar de clase, esperando la salida, si esperaba la salida, hacia el Sud-Este, el sur más bien, al este estaba el mar, a lo largo de los raíles, preguntándome dónde, pero dónde, bajar, o bien el espíritu lejos, en otra parte. La última salida era a las veintitrés treinta, luego cerraban la estación, por la noche. Cuántos recuerdos, es para hacerme creer que estoy muerto, lo he dicho cien mil veces. Pero regresan los mismos, como radios de una rueda que rueda, siempre los mismos, y se parecen todos, como radios. Y sin embargo me pregunto, cada vez que la hora vuelve a donde tengo que preguntarme esto, si la rueda rueda en mi cabeza, me lo pregunto, hasta tal punto pienso con mi sangre, y si no hace más que ir y venir, como una péndola en su caja, y aún a penas, dada la inmensidad por contar y que a las cabezas sólo se les da cuerda una vez, hasta tal punto pienso con mi aliento. Pero, caramba, otra vez estoy lejos de la terminal, con su bonito peristilo neoclásico, y de este montón de carne, pellejo, huesos y cerdas que espera la salida, para no sabe dónde, sino que será hacia el sur, dormido quizá, billete en mano, para mantener la compostura, o caído a sus pies, relajado completamente por el sueño, soñándose quizás en el cielo, bajado al cielo, o más bien el alba, que espera más bien el alba, y la alegría de poder decirse, Tengo todo el día para equivocarme, para recobrarme, para tranquilizarme, para renunciar, no tengo nada que temer, mi billete es válido de por vida. ¿Es allí donde me he detenido, soy yo otra vez, sentado erguido y tieso en el borde de la banqueta, las manos en los muslos, conociendo los peligros del abandono, el billete entre el pulgar y el índice, en esta sala que sólo ilumina, con la oscura luz de los andenes, la puerta mezquinamente acristalada con botones y todo, encerrado con llave, en la oscuridad, es allí, soy yo? En este caso la noche es larga y singularmente silenciosa, para aquel que cree acordarse de los rumores de la ciudad, confusamente, ya no es más que un solo rumor, que el imposible recuerdo de un solo rumor confuso, que duraba toda la noche, hinchándose, muriéndose, pero nunca turbado un solo instante por un silencio comparable a este ensordecedor silencio. De donde debería deducirse, aunque no sea así, que la sala de espera de la estación del Sud-Este debe

tacharse de la lista de los lugares a visitar, véase más arriba, siglos más arriba, que este mármol ya no soy yo y que hay que buscar otro sitio, o de lo contrario abandonar, y yo sería de esta opinión. Pero, despacio, todas las ciudades no son eternas, quizás esté muerta, la que nos incumbe, y la estación abandonada, donde espero, el busto muy erguido, muy tieso, las manos en los muslos, la esquina del billete entre el pulgar y el índice, un convoy que nunca llegará, que nunca partirá, hacia la naturaleza, o que llegue el día, tras la puerta cerrada, de cristal ennegrecido por un polvo de ruinas. Por eso no hay que darse prisa en concluir, el riesgo de error es demasiado grande. Y buscarme en otra parte, allá donde la vida persiste, y yo allá, de donde toda vida ha desaparecido, excepto la mía, si es que vivo, no, sería perder el tiempo. Y personalmente ya no tengo tiempo que perder, lo oigo decir, y que se acabó por esta tarde, que la noche llega y que ya es hora de ponerse manos a la obra.

VIII

Sólo las palabras rompen el silencio, el resto ha callado. Si me callase ya no oiría nada más. Pero si me callase los demás ruidos volverían a empezar, aquellos a los que las palabras me han vuelto sordo, o que realmente han cesado. Pero me callo, esto ocurre, no, nunca, ni un segundo. También lloro, sin cesar. Es un chorro ininterrumpido, de palabras y de lágrimas. Todo sin reflexión. Pero hablo más bajo, cada año un poco más bajo. Quizá. Más lentamente también, cada año un poco más lentamente. Quizá. No me doy cuenta. Las pausas serán pues más largas, entre las palabras, las frases, las sílabas, las lágrimas, las confundo, palabras y lágrimas, mis palabras son mis lágrimas, mis ojos mi boca. Y debería oír, a cada pequeña pausa, si el silencio es tal como lo digo, al decir que sólo las palabras lo rompen. Pues no, es siempre el mismo murmullo, chorreante, sin hiato, como una única palabra sin fin y por consiguiente sin significado, pues es el fin quien lo da, significado a las palabras. Entonces qué derecho, no, esta vez me veo venir, y me detengo, diciendo, Ninguno, ninguno. Pero persiguiéndolo, el viejo treno estúpido, me pregunto, y hasta el final, una nueva pregunta, la más antigua, la de saber si siempre ha sido así. Y bien, voy a decirme una cosa (si puedo), cargada espero de promesas para el porvenir, a saber que empiezo ya a no saber en absoluto cómo pasaba antaño (he podido), y por antaño entiendo otro lugar, el tiempo se ha hecho espacio y ya no habrá más, mientras no esté fuera de aquí. Sí, mi pasado me ha echado fuera, sus rejas se han abierto, o soy yo quien me he evadido, quizás excavando. Para arrastrarme un instante libre en un sueño de días y de noches, soñándome yendo, estación tras estación, hacia una última, como un vivo, antes de estar, de pronto, aquí, sin memoria. Desde entonces sólo imaginaciones y esperanzas de verme una historia, de haber venido de alguna parte y de poder regresar, o continuar, un día, o sin esperanza. Sin qué esperanza, acabo de decirlo, la de verme vivo, y no solamente dentro de una cabeza imaginaria, un guijarro prometido a la arena, bajo un cielo variable, y variando un poco de lugar, cada día, cada noche, como si sirviera de ayuda, menguar, menguar siempre más, sin nunca desaparecer. No verdaderamente, cualquier cosa, digo cualquier cosa, con la esperanza de gastar una voz, de gastar una cabeza, o sin esperanza, sin razón, cualquier cosa, sin razón. Pero

esto terminará, llegará una desinencia, o faltará el aliento, todavía mejor, será el silencio, sabré si hay un silencio, no, nunca sabré nada. Pero salir de aquí, eso al menos. No sé. Y que el tiempo vuelva a empezar el cielo, los pasos en la tierra, la noche a la que tontamente llamamos la mañana y el alba a la que de noche se suplica que no despunte de nuevo. No sé, no sé qué significa, el día y la noche, la tierra y el cielo, las llamadas y las súplicas. ¿Puedo desearlos? Pero, quién dice que los deseo, la voz lo dice, y que es imposible que yo desee algo, esto parece contradecirse, yo no tengo opinión. Yo, aquí, si pudieran abrirse, estas pequeñas palabras, tragarme, y volverse a cerrar, quizá sea lo que ha sucedido. Que se abran pues de nuevo y me dejen salir, al tumulto de luz que me ha sellado los ojos, y de hombres, para que intente unirme de nuevo a ellos. O que me perdonen, si soy culpable, y me dejen expiar, en el tiempo, yendo y viniendo, cada día un poco más puro, un poco más muerto. Mi error es querer pensar, uno de mis errores, incluso de este modo, tal como soy no debería poder, incluso de este modo. Pero a quién he podido ofender tan gravemente, para que me castiguen de modo tan incomprensible, todo es incomprensible, espacio y conciencia, falso e incomprensible, sufrimiento y llantos, hasta el viejo grito paroxismal. No soy yo, no puede ser yo. Pero, ¿acaso sufro, sea yo o no, francamente, acaso hay sufrimiento? Pero aquí no existe la franqueza, diga lo que diga será falsa, y además no será mío, aquí no soy más que un muñeco de ventrilocuo, no siento nada, no digo nada, me tiene entre sus brazos y mueve mis labios con un cordel, con un anzuelo, no, los labios son innecesarios, está todo oscuro, no hay nadie, dónde tengo la cabeza, he debido de dejarla en Irlanda, en una taberna, aún debe de estar allí, la frente apoyada en la barra, es cuanto merecía. Pero el otro que es yo, ciego, sordo y mudo, charla de que estoy aquí, charla de este negro silencio, charla de que ya no puedo moverme ni creer que esta voz sea la mía. De él debo disfrazarme hasta mi muerte, por él, hasta entonces, intentar no vivir, en esta simil-sepultura que se supone la suya. Mientras me sé tirándome pedos de mortalidad allá arriba en alguna parte de Europa probablemente, bajo el cielo aspirando y exhalando cada día un poco más mustio como ayer en la bomba de la matriz. No, haberlo dicho me convence de lo contrario, nunca he visto el día, ni él tampoco, he aquí la belleza por completo negativa de la palabra, cuyas negaciones desgraciadamente sufren la misma suerte, de ahí su fealdad. Escoger bien su momento y callarse, ¿sería el único medio de tener ser y habitat? Pero estoy aquí, esto al menos es cierto, por mucho que lo diga y vuelva a decirlo, sigue siendo verdad. No me doy cuenta. Menos verdad, menos cierto que cuando me digo que estoy en la tierra, que he llegado al mundo, seguro de abandonarlo, por eso lo digo, pacientemente, variando, intentando variar, nunca se sabe, quizá se trate únicamente de dar con el buen agregado. Para ya no estar aquí por fin, no haber estado nunca aquí, pero desde todo ese tiempo allá arriba, con un nombre como un perro para que puedan llamarme y signos distintivos para que puedan localizarme, el pecho hinchándose y vaciándose por sí solo jadeando hacia la gran apnea. El buen agregado, pero hay cuatro millones posibles, incluso probables, según Aristóteles, que todo lo sabía. Pero, qué veo, y con qué, un bastón blanco y una trompetilla, dónde, Plaza de la República, a la hora del aperitivo, un momento, veamos eso, quizás esté allí por fin. La trompetilla, bogando a la altura del oído, de pronto se

parece a una sirena de vapor, de esas que permiten a mis steamers adentrarse en la niebla, lentamente, esto debería servir para fijar la época, con un margen de algunos medios siglos de error. El bastón avanza golpeando con su punta de hierro el noble basamento de Magasins Réunis, sin duda es invierno, en fin, no verano. Entreveo también, esforzándome un poco, un bombín que, ay, se diría la ridícula síntesis de todos los que nunca me han ido y, al otro extremo, igualmente sospechosos, unos botines amarillos, lacerados y con las suelas despegadas. Estos distintivos, si me atrevo a decirlo, avanzan juntos, como unidos por el tradicional excipiente humano, se inmovilizan, vuelven a avanzar, confirmados por los amplios escaparates. El nivel del sombrero, y por consiguiente el de la trompetilla, me asegura un pequeño porvenir de enano o por lo menos de jorobado. Todo esto es libre, todo esto es tentador. ¿Voy a entrar en el juego, intentar que se aprovechen una vez más, mis achaques de sueño, para que se vuelvan carne y giren, agravándose, alrededor de esta plaza grandiosa que confundo quizá con la de la Bastille, hasta ser juzgados dignos del adyacente Père Lachaise o, todavía mejor, prematuramente aliviados al querer cruzar, al anochecer? No, la respuesta es no, pues al girar, e incluso en el momento, patético entre todos, de tender la mano, o el sombrero, sin canto previo, sin más concesión al amor propio, en la terraza de un café, o en una boca de metro, sabría que no soy yo, me sabría aquí, mendigando en otro silencio, en otra oscuridad, otra limosna, la de ser o la de cesar, todavía mejor, sin haber sido. Y la mano vanamente vieja soltaría el óbolo, y los viejos pies reemprenderían la marcha, hacia una muerte todavía más vana que la de cualquiera.

IX

Si dijera, allí hay una salida, en alguna parte hay una salida, lo demás llegaría. ¿Qué espero, pues, para decirlo, creerlo? ¿Y qué significa, lo demás? ¿Voy a contestar, intentar contestar, o bien seguir, como si no hubiera preguntado nada? No sé, no puedo saber nada por anticipado, ni después, ni durante, el futuro dirá, un instante próximo, o lejano, no oiré, no comprenderé, hasta tal punto todo muere, apenas nacido. Y los síes y los noes nada significan, en esta boca, son como suspiros puntuando una pena, o son respuestas, a una pregunta incomprensible, a una pregunta muda, en los ojos de un mudo, de un retrasado, que no entiende, que nada ha entendido, que se mira en un espejo, que mira hacia delante, en el desierto, los ojos desmesuradamente abiertos, suspirando sí, suspirando no, de vez en cuando. Sin embargo, se razona, suele suceder, es decir, vuelven las cosas de siempre, conducidas, rechazadas, las unas por las otras, inútil saber cuáles. Es mecánico, como los grandes fríos, los grandes calores, los largos días, las largas noches, de luna, tengo esta convicción, pues tengo convicciones, cuando toca, después de dejarlas, así es, hay que creerlo, es decir, hay que decirlo, puesto que acabo de decirlo. La salida, esta noche le toca a la salida, diríase un dúo, ¿no?, o un trío, sí, a veces lo parece, luego pasa y no lo parece, nunca lo ha parecido, no parece nada, no se parece a nada, la pregunta que pregunta qué es no se plantea. Qué variedad y qué monotonía al mismo tiempo, cuánta variedad y al mismo tiempo cuánta, cómo decirlo, cuánta monotonía.

Qué movido y al mismo tiempo qué tranquilo, cuántas vicisitudes en medio de tanta inmutabilidad. Instantes de duda, más escasos que frecuentes, si tuviera que escoger, y pronto superados, en provecho del verdadero propósito, del cual todo depende en primer lugar, después mucho, después poco, después nada. Esto es, fárrago, ponte a mi alrededor, avalancha, que ya no se hable de nadie, ni de un mundo por abandonar, ni de un mundo por alcanzar, para terminar de una vez, con los mundos, con las personas, con las palabras, con la miseria, con la miseria. Y en cuanto está dicho, Ah, me digo, era de esperar, si por lo menos pudiera decir, allí hay una salida, estaría dicho todo, sería el primer paso, del largo viaje factible, con destino a la tumba, para hacer en silencio, pasito irrevocable tras pasito, por los largos corredores primero, al mortal aire libre después, a través de días y noches, cada vez más de prisa, no, cada vez más despacio, por razones fáciles de entender, y así siempre más aprisa, por otras razones fáciles de entender, o por las mismas, entendidas de otra manera, o de la misma, pero en otro momento, un momento antes, un momento después, o en el mismo momento, no existe, no existiría, resumo, imposible. ¿Sabría de dónde había venido?, no, tendría una madre, habría tenido una madre, ¿y sabría de dónde había salido, y con qué pena?, no, habría olvidado, olvidado todo, ¿qué me hace decir aquello?, lo que me hace decir esto, lo que me hace decir todo, y no es seguro, seguro como sería segura la madre, como sería segura la tumba, si existiera una salida, si dijera que hay una salida, hacédmelo decir, demonios, no, no pediré nada. Sí, tendría una madre, tendría una tumba, no habría salido de aquí, de aquí no se sale, aquí está mi tumba, aquí mi madre, esta noche es aquí, estoy muerto y voy naciendo, sin haber terminado, sin poder empezar, es mi vida. Es razonable y de qué me quejo pues, de no pasearme ya de arriba abajo, delante del cementerio, diciéndome, ojalá esta comedia dure, el tiempo de poder terminar, ¿sería un reproche?, es posible. Tenía razón, de estar preocupado, al tiempo que me preguntaba por qué, y yo buscaba, yendo y viniendo, lo que podía ser, y lo encontraba, diciéndome, No soy yo, aún no he empezado, aún no me han visto, y diciéndome, Sí, sí, soy yo, a punto ya de no ser, y es más, acelerando el paso, para llegar antes del asalto siguiente, como si avanzara sobre el tiempo, y diciéndome, y así sin interrupción. No podía pasar inadvertido, desde entonces, y sin embargo no se hubiera dicho, que no pasaba inadvertido. Yo no hablo de los buenos días, hubiera sido el primero en sentirme turbado, casi tanto como por un gesto de cabeza, o de mano. Pero los otros gestos, irreprimibles, sobresaltos y muecas, por los cuales a pesar suyo la gente nos acusa, tampoco, me parece, sino quizá por parte de los caballos, sin embargo bien adiestrados, y provistos de anteojeras, que tiran de coches mortuorios, y quizá ni eso, me hacía sin duda demasiado honor. Realmente no vuelvo a encontrar ni un solo rostro, es la prueba de que no estaba allí, no, no prueba nada. Pero el hecho de no haber sido molestado, ¿es posible que haya permanecido insensible? Vaya, creo que hubieran podido entregarse conmigo a las más halagüeñas violencias, no diría que sin haberme dado cuenta, pero diría sin que esto me haya ayudado a sentirme allí, más que en otra parte. Y quizás haya pasado la mitad de mi vida en las cárceles de su Estado, para purgar los delitos de la otra mitad, sin que mi problemática facción, durante la libertad, delante de las puertas del cementerio, me haya parecido suavizarse con un solo instante de

descanso. Y si, cansados de verme rehabilitarme, de verme volver, después de cada vacación forzada, delante de las puertas del cementerio, se hubieran permitido cargar un poco sus golpes, justo lo bastante como para conferir la muerte, sin encarnizarse en absoluto con el cadáver, allí, en las puertas del cementerio, donde había aparecido, la misma mañana, apenas liberado, mi deuda pagada, con la sociedad, y vuelto a cargar con mi vieja falta, a lo largo y a lo ancho, con paso a veces lento, a veces precipitado, como el del conspirador Catilina tramando la ruina de la patria, diciéndome, No soy yo, sí, soy yo, y diciéndome, Allí hay una salida, no, no, confundo, debo confundir aquí y allí, ahora y entonces, tal como los confundía entonces, el aquí de entonces, el entonces de allí, con otro espacio, otro tiempo, mal distinguidos, pero no peor que ahora, ahora que estoy aquí, si es que estoy aquí, y ya no allí, yendo y viniendo, delante del cementerio, en la perplejidad. O simplemente me he sentado, por fin, y apoyado en el muro, con la larga noche ante mí, donde los muertos esperan, en su lecho de muerte, amortajados, boca arriba, o en el ataúd, que el sol se levante. Pero, qué hago, intento situarme, para poder, llegado el caso, ir a otra parte, o decirme, Sólo hay que esperar, que vengan a cogerme, es mi impresión, por el momento. Luego pasa, y veo que no, no es eso, es otra cosa, difícil de captar, y que no capto, o que capto, depende, vuelve a ser lo mismo, pues tampoco es esto, pero aún otra cosa, o la primera que vuelve, o es siempre la misma, la misma cosa que se ofrece, a mi perplejidad, y desaparece, antes de ofrecerse de nuevo, a mi perplejidad aún hambrienta, o momentáneamente muerta de hambre. El cementerio, sí, allí es donde volvería, esta noche es allí, llevado por mis palabras, si pudiera salir de aquí, es decir si pudiera decir, Allí hay una salida, saber dónde exactamente sería simple cuestión de tiempo, y de paciencia, y de continuidad en las ideas, y de acierto en la expresión. Pero, y el cuerpo para ir allí, ¿dónde está el cuerpo?, es secundario, es secundario. Y estoy tranquilo, iría, allá, a la salida, tarde o temprano, si la dijera allí, en alguna parte, las otras palabras me llegarían, tarde o temprano, y lo necesario para poder ir allí, e ir allí, y atravesar, y ver las cosas hermosas que posee el cielo, y volver a ver las estrellas.

X

Abandonar, pero si todo está abandonado, no es reciente, yo no soy reciente. Hubo pues algo una vez. Hay que creer que sí, pero saber que no, nunca nada, sólo el abandono. Por haber dicho abandonar decimos abandono, sin pensarlo. Pero pongamos que no, es decir pongamos que sí, que hubo algo una vez, en una cabeza, en un corazón, entre unas manos, antes que todo se haya abierto, vaciado, cerrado, fijado. Henos aquí tranquilos, habiendo tenido calor y en situación de continuar, una vez más. Pero no es el silencio. No, esto habla, en alguna parte se habla. Para no decir nada, de acuerdo, pero ¿es suficiente, para que signifique algo? Ya veo, la cabeza está retrasada, con relación al resto, y su ano es la boca, o bien sigue sola, sola sus antiguos vagabundeos, cagando su vieja mierda, y volviendo a tragársela, cogiéndola con los labios, como en los tiempos en que se creía una belleza. Sólo que el corazón ya no participa, ni el apetito. Y ya está, ya está, sin superchería, en mi haber este viejo

pasado, nunca igual, pero acabado para siempre, acabando para siempre, y todo lo que implica, de promesas para mañana, y de consuelo para lo inmediato. Y de nuevo estoy en buenas manos, me cogen la cabeza, por detrás, curioso detalle, como en la peluquería, y con el índice me cierran los ojos, y con el dedo corazón las narices, y con los pulgares los oídos, pero mal, para que oiga, pero mal, y con los cuatro dedos restantes maniobran mandíbulas y lengua, para que me ahogue, pero mal, y diga, para mi bien, lo que debo decir, para mi bien futuro, ya me lo sé, y especialmente en este momento que no es más que un mal momento por pasar, un momento de descanso, que sin ellas hubiera podido serme fatal, y que un día sabré de nuevo haber sido, y más o menos quién, y cómo seguir, y hablar solo, amablemente, de mi menda, y sus pálidos semejantes. Y quizá, pues aún no debo ser demasiado afirmativo, no iría a favor mío, otros dedos, quizás otros dedos aún, otros tentáculos, ya está, otras buenas ventosas, pero no nos interrumpamos por tan poco, consignent mis declaraciones, para que al término del interminable delirio, si alguna vez vuelve a empezar, no me exponga al reproche de haber conocido un desfallecimiento. Esto no marcha, no marcha, pero marcha, algo es algo. Y al lado, quizás al lado y alrededor se frotan otras almas, caídas en síncope, almas enfermas, de haber servido demasiado, o de no haber podido servir, pero aptas todavía al servicio, o decididamente para tirar, pálidos reflejos de lamía. O bien por fin es el lugar y la hora de nuestra puesta en cuerpo, como se ponen los cuerpos en tierra, a la hora de su muerte, por fin, y allí mismo donde mueren, para no añadir gastos, o de un nuevo destino, de almas de niños muertos, o muertas antes que el cuerpo, o de almas siempre jóvenes, en medio de los escombros, o no habiendo vivido, no habiendo sabido vivir, por una razón o por otra, o de almas inmortales, también deben encontrarse, habiéndose equivocado siempre de cuerpo, pero que el auténtico espera, en medio de las nubes por nacer, al auténtico cuerpo sepulcral, pues los vivos ya están servidos. No, nada de almas, nada de cuerpos, ni de nacimiento, ni de vida, ni de muerte, hay que continuar sin nada de todo eso, todo eso está muerto por las palabras, todo es demasiadas palabras, no saben decir otra cosa, dicen que no hay otra cosa, que aquí no es otra cosa, pero ya no lo dirán, no lo dirán siempre, encontrarán otra cosa, no importa qué, y podré continuar, no podré pararme, o podré empezar, una falsedad calentita, que me servirá un tiempo, que me servirá de un tiempo, que me servirá de un lugar, y de una voz, y de un silencio, de una voz de silencio, la voz de mi silencio. Es con tales perspectivas que quieren hacernos esperar con paciencia, cuando estamos pacientes, y tranquilos, en alguna parte estamos tranquilos, qué tranquilidad hay aquí, vaya, voy a decirlo, la tranquilidad de aquí, y qué bien estoy, qué silencioso, voy a empezar, la tranquilidad y el silencio, nunca rotos por nada, que nunca nada romperá, que al decir no romperé, o al decir tener que decir, diré todo esto mañana por la noche, sí, mañana por la noche, en fin, otra noche, no esta noche, esta noche es demasiado tarde, para hacer algo bueno, voy a dormir, para poder decirme, oírme decir, un poco más tarde, He dormido, ha dormido, pero no habrá dormido, o entonces es que duerme, no habrá hecho nada, sólo continuar, haciendo el qué, haciendo lo que hace, sin parar, es decir, no sé, abandonando, habré continuado, abandonando, sin haber tenido nada, sin haber estado.

Cuando pienso, no, no va bien, cuando vienen los que me han conocido, incluso los que me conocen aún, de vista por supuesto, o de olfato, cuando lo pienso es como, como si, qué, ya no sé, ya no sé más, no tenía que haber empezado. Si volviera a empezar, teniendo cuidado, a veces da buenos resultados, hay que intentarlo, lo intentaré, cualquiera de estos días, cualquiera de estas noches, o esta noche, antes de desaparecer, de allá arriba, de aquí abajo, barrido por las palabras de siempre. Ah, pero no, precisamente no, ya no pensaba en ello, ya no estaba en ello, precisamente no. Y todavía estoy en camino, por un sí y por un no, hacia un todavía por nombrar, para que me deje en paz, para que tenga paz, para que ya no sea, para que jamás haya sido. Nombrar, no, nada es nombrable, decir, no, nada es decible, entonces qué, no sé, no tenía que haber empezado. Añadirlo al repertorio, eso es, y ejecutarlo, como yo me ejecuto, trozo a trozo muerto, atardecer tras atardecer, noche tras noche, y a lo largo de los días, pero esto permanece de noche, cómo es posible que siempre sea de noche, voy a decirlo, para haberlo dicho, para tenerlo detrás de mí, un momento. Es el tiempo que no puede más a la hora de la serenata, a menos que sea la aurora, no, no estoy fuera, estoy bajo tierra, o en mi cuerpo en alguna parte, o en otro cuerpo, y el tiempo siempre devora, pero no a mí, eso es, por eso permanece la noche, para que lo mejor esté ante mí, la larga negra noche donde dormir, eso es, he contestado, he contestado a algo. O es en la cabeza, como un minuterero, un segundero, o como un trozo de mar, bajo el faro que pasa, de mar que pasa, bajo el faro que pasa. Porquería de palabras para hacerme creer que estoy allí, y que tengo una cabeza, y una voz, una cabeza que cree esto, que cree aquello, que ya no cree, ni en ella misma ni en otra cosa, pero una cabeza, y una voz que le pertenece, o a otras, a otras cabezas, como si hubiera dos cabezas, como si hubiera una cabeza, o inane, una voz inane, pero una voz. Pero no me engaño, en este momento no estoy allí, y es más, no estoy en otra parte, ni como cabeza, ni como voz, ni como testículo, lástima, lástima que no esté en ninguna parte como testículo, o como coño, por allí en todo caso, un pelo de pubis, las ve de todos los colores, y desde arriba, en fin, así es. Y las dejo decir, mis palabras, que no son mías, yo esta palabra, esta palabra que dicen, pero dicen en vano. Progresa, progresa, y cuando vienen los que me han conocido, aprisa, aprisa, eso como si, no, prematuro. Pero ya llego, cucu heme aquí de nuevo, por necesidades de la causa, como la raíz cuadrada de menos uno, habiendo hecho mis estudios, veamos esto, esta cabeza lívida, embadurnada de tinta y confitura, caput mortuum de una juventud estudiosa, orejas despegadas, ojos trastornados, cabellos escasos, boca espumosa, y masticando, ¿qué mastica?, un gargajo, una oración, una lección, un poco de cada, una oración aprendida por si acaso, antes del fin del alma, y que aflora, de torcidas, en la vieja boca, que ya no tiene palabras, en la vieja cabeza que ya no escucha, me he hecho viejo, sobreviene, un viejo mocososo, que ha hecho sus estudios, en el urinario de dos plazas de la Rue Guynemer, donde el agua se escapa con el mismo ruido de hace sesenta años, mi preferido, a causa de la llamada, me parece oír a mamá silbar, la frente contra el tabique, en medio de las inscripciones, estimulando la próstata,

gargajeando avemarías, abrochado de la bragueta, no invento nada, por distracción, o demasiado exhausto, o indiferente, o adrede, para mejor mojar, ya me entiendo, o manco, aún mejor, sin manos, sin brazos, es preferible, viejo como el mundo, jodido como el mundo, amputado de todo, en pie sobre mis fieles muñones, reventado de vieja orina, de viejas oraciones, de viejas lecciones, codo a codo carcasa, alma y cráneo, sin hablar de los gargajos, no hablemos de ellos, de los sollozos hechos mucosidad, procedentes del corazón, esto por el corazón, soy un corazón, estoy completo, excepto algunas extremidades, hechos sus estudios, su carrera, y a pesar de todo sin orgullo, sin reivindicar, sacudido por eyaculaciones, Jesús, Jesús. Noches, noches, qué noches, hechas de qué, y cuándo, no lo sé, de sombra amiga, de cielos amigos, de un tiempo saciado, de un tiempo de tregua, antes de la medianoche, no lo sé, no más que entonces, que cuando me decía, desde dentro, o desde fuera, desde la noche que llegaba o desde bajo tierra, desde lejos en todo caso, Dónde estoy, para no hablar más que del lugar, y hecho cómo, y desde cuándo, esto por el tiempo, y hasta cuándo, y quién es este imbécil que no sabe adonde ir, que no puede detenerse, que se tomaba por mí y por quien yo me tomaba, cualquier cosa, la vieja antífona. Noches de entonces, pero de qué está hecha esta noche, que no acaba, en la que estoy solo, es aquí donde estoy, donde estaba entonces, donde siempre he estado, desde donde me hablaba, desde donde yo le hablaba, ¿qué ha sido de él?, él, a quien yo veía, siempre en la calle, probablemente, es posible, no sabía adonde ir, sin poder detenerse, sin voz que le hable, yo ya no le hablo, ya no me hablo, no tengo a nadie a quien hablar, y hablo, habla una voz que sólo puede ser la mía, puesto que no hay nadie más que yo. Sí, lo he perdido y él me ha perdido, perdido de vista, perdido de oídas, es lo que quería, ¿es posible, que haya querido aquello, que haya querido esto?, y él, ¿qué quería él?, él quería detenerse, quizá se haya detenido, yo me he detenido, pero yo no me he movido nunca, quizás él haya muerto, yo he muerto, pero yo nunca he vivido. Pero él, él iba y venía, prueba de animación, por los atardeceres de entonces, que también se movían, atardeceres con fin, atardeceres con noches, sin decir una palabra, sin poder decir una palabra, sin saber adonde ir, sin poder detenerse, escuchando mis gritos, escuchando gritar que esto no era vida, como si lo ignorase, como si se tratara de la suya, que sí lo era, ahí está la diferencia, eran los buenos tiempos, ya no sabía dónde estaba, ni cómo estaba hecho, ni desde cuándo, ni hasta cuándo, mientras que ahora, ahí está la diferencia, ahora lo sé, no es cierto, pero lo digo, ahí está la diferencia, lo estoy diciendo, voy a decirlo, acabaré por decirlo, y luego terminar, podré terminar, ya no existiré, ya no valdrá la pena, no será necesario, no será posible, pero no vale la pena, no es necesario, no es posible, es así como eso se razona. No, hay que encontrar otra cosa, una razón mejor, para que esto se detenga, otra palabra, una idea mejor, para ponerla en negativo, un nuevo no, que anule todos los otros, todos los viejos noes que me han hundido aquí, al fondo de este lugar que no lo es, que no es más que un tiempo para la hora eterna, que se llama aquí, y de este ser que se llama yo y no lo es, y de esta voz imposible, todos los viejos noes que cuelgan en la oscuridad y se balancean como una columna de humo, sí, un nuevo no, que sólo se deje pronunciar una vez, que abra su trampa y me trague, sombra y cháchara, en una ausencia menos vana que la de la existencia, Ah, sé que no sucederá así, que nada

sucedará, que nada ha sucedido y que aún estoy, y sobre todo desde que ya no puedo creerlo, lo que se llama en carne viva en alguna parte allá arriba en su blenorragia de luz, insultándome. Y por eso, cuando llega la hora de los que me han conocido, esta vez iré bien, cuando es la hora de los que me conocen, es como si estuviera entre ellos, esto es lo que tenía que decir, entre ellos para verme llegar, para seguirme luego con la mirada, moviendo la cabeza y diciendo, ¿Es él?, ¿es posible?, antes de reemprender con ellos un camino que no es el mío y que me aleja a cada paso de este otro que tampoco puede serlo, o de quedarme solo en donde me encuentro, entre dos sueños que van apartándose, sin conocer a nadie, sin ser conocido por nadie, esto es en realidad lo que quería decir, todo cuanto tenía por decir, esta noche.

XII

Es una noche de invierno, allá donde fui, seré, rememorado, imaginado, qué más da, creyendo en mí, creyendo que soy yo, no, no vale la pena, desde el momento en que hay otros, dónde, en el mundo de los otros, de los largos trayectos mortales, bajo el cielo, con una voz, no, no vale la pena, y algo por qué moverse, de vez en cuando, ya no, desde el momento en que los otros pasan, los verdaderos, pero sobre la tierra, seguramente sobre la tierra, el tiempo de una nueva muerte, de un nuevo despertar, esperando que aquí cambie, que algo cambie, que haga nacer más profundamente, morir más profundamente, o resucitar, al fondo de afuera de ese murmullo de memoria y sueño. Una noche de invierno, sin luna ni estrellas, pero clara, ve su cuerpo, el frente, una parte del frente, ¿qué ilumina, esta imposible noche, este imposible cuerpo?, en él está mi recuerdo, de la verdadera noche, es mi sueño, de la noche sin mañana, y mañana, ¿cómo se las arreglaré mañana, para soportar mañana, el alba, el día?, se las arreglará como ayer, como se las arregló ayer, para soportar ayer. Es cierto, no soy yo, aún no, ya no, es un veterano, de los días y las noches, pero él olvida, piensa en mí, demasiado en mí, y el alba está todavía lejos, quizá tenga tiempo de no despuntar. Es lo que dice, con su voz que lo abandona, quizás esta noche, y dice, Qué claridad, ¿cómo me las arreglaré mañana, cómo me las arreglé ayer?, bah, es el fin, mañana está lejos, quién me habla así, y quién me niega así, como si le hubiera quitado el sitio, como si hubiera usurpado su vida, vieja vergüenza que me ha impedido vivir, haberme al vivir impedido vivir, y así siempre, refunfuñando, los viejos despropósitos, el mentón sobre el pecho, los brazos bamboleantes, las piernas sin fuerza, en la noche. ¿Me deslizarán en él, memoria y sueño de mí, en él todavía vivo?, ¿acaso no estoy ya en él, desde siempre, esparcido como un remordimiento?, ¿estaría, mi noche y mi contumacia, en el secreto de este moribundo, y sería su muerte mi última demora, por haber vivido?, y, quién divaga así, bah, hay voces por todas partes, orejas por todas partes, uno que habla diciendo, mientras habla, Quién habla, y de qué, y uno que escucha, mudo, sin comprender, lejos de todos, y cuerpos en todas partes, doblados, detenidos, donde debo tener tantas oportunidades, tan pocas, como en este cualquiera. Y nadie esperará, ni él ni los demás, nadie ha esperado nunca, para morir, que yo viva en él, para poder morir con él, pero aprisa aprisa todos mueren, diciéndose, Muramos aprisa, sin él, como en la vida, ahora que estamos a tiempo,

antes de no haber vivido. Y este otro, naturalmente, qué decir de este otro, que divaga así, a fuerza de que yo provea y de él desprovisto, este otro sin nombre ni persona cuyo ser abandonado frecuentamos, nada. He aquí un bonito trío, y decir que todos sólo hacen uno, y que este uno sólo hace nada, y qué nada, no vale nada. Entonces, ¿estoy obligado a decir, es el momento, esto es la tierra, estas obras apenas vivas que me estaban destinadas y que recuperadas lo estarían a otro, gracias, y a reír, con esa larga risa muda de inexistente avisado, de escuchar atribuirme palabras tan gruesas?, qué sentido del humor, confiesa que ya no estás a la altura, que acabarás por montar en bicicleta. Ese es el coro de contables, opinan, como un solo hombre, otro más, y no es todo, todos los pueblos no bastarían, al término de billones se necesitaría un dios, de los testigos testigo sin testigo, suerte que ha fracasado, que nada ha empezado, nunca hubo nada más que nunca y nada, es una verdadera suerte, nada nunca, más que palabras muertas.

XIII

Todavía se debilita aún más, la vieja débil voz, que no ha sabido hacerme, se vuelve lejana, para decir que se va, probar otros lugares, o baja, cómo saberlo, para decir que va a terminar, no probar más. Sólo ella ha existido, dice, como voz en mi vida, si al hablar de mí puede hablarse de vida, y puede, ella puede todavía, si no de vida, allí muere, si solamente esto, si solamente aquello, allí muere, si al hablar de mí, allí muere, pero quien puede el más puede el menos, de qué no puede hablar quien puede hablar de mí, hasta cierto punto, hasta el momento en que muere, ya no puede más, hablar de mí, aquí, en otra parte, dice ella, murmura. Quien, no es una persona, no hay nadie, hay una voz sin boca, y un oído en alguna parte, algo que debe oír, y una mano en alguna parte, ella llama a eso una mano, ella quiere hacer una mano, en fin, algo, en alguna parte, que deje huellas, de lo que ocurre, de lo que se dice, realmente es lo mínimo, no, es novela, siempre novela, sólo la voz es, resonando y dejando huellas. Huellas, ella quiere dejar huellas, sí, como las deja el aire entre las hojas, en la hierba, en la arena, con eso quiere hacer una vida, pero pronto se acaba, no habrá vida, no habrá habido vida, habrá silencio, el aire que tiembla aún un instante antes de inmovilizarse para siempre, una mota de polvo que cae en un momento. Aire, polvo, aquí no hay aire, ni nada que se convierta en polvo, y hablar de instantes, de breves instantes, es para no decir nada, ahora bien, son las palabras que ella emplea, que ha hablado siempre, que siempre hablará, de cosas que no existen, o que existen en otra parte, si se quiere, si esto es existir, ahora bien, no se trata de otra parte, se trata de aquí, ah, aquí está por fin, aquí está todavía, era necesario salir de aquí, ir a otra parte, allí donde el tiempo pasa y los átomos se reúnen, un breve instante, allí de donde quizás ella venga, de donde ella dice a veces haber tenido que venir, para poder hablar de tantas quimeras. Sí, salir de aquí, ahora bien, está vacío, ni polvo, ni soplo, sólo el suyo, por mucho que se mueva nada se produce. Si estuviera allí, si ella hubiera sabido hacerme, cómo la compadecería, por haber hablado tan en vano, no, no es esto, ella no habría hablado en vano, si yo estuviera allí, y yo no la compadecería. Si ella me hubiera hecho, la maldeciría, o la bendeciría, ella estaría en mi boca, maldiciendo,

bendiciendo, quién, qué, no sabría decirlo, no sabría decir gran cosa, en mi boca, ella que ha sabido decir tantas cosas, en vano. Palabras vanas, que se escapan, son las últimas. Pero esta piedad, esta piedad que pese a todo está en el aire, aunque no haya aire aquí, que pueda traer piedad, pero es una expresión, ¿es necesario detenerse en ella, preguntarse de dónde sale?, ella se lo pregunta, y si no es una breve esperanza que se enciende, malvadamente, entre las traidoras cenizas, otra expresión, breve esperanza de un pequeño ser después de todo, de tipo humano, lágrima en el ojo antes de haber visto nada, no, no se debe, no más que en el resto, no hay que detenerse en nada, nada debe detenerla ya, en su caída, o en su ascensión, quizás ella termine en un agudo, en un alarido. En verdad muchas veces no ha sido asunto del corazón, ni en sentido propio, ni figurado, pero no es una razón para esperar, qué, que nunca jamás habrá uno, para enviarlo a reventar allá arriba, entre las sombras chinescas, lástima, lástima. Pero, qué espera al fin, puesto que está decidido, puesto que es obligado, para cerrar su gran morro muerto, todavía una locución, quizás haber reunido todas sus estupideces, en una cadencia digna del resto. Últimas preguntas de siempre, poses de niña en las sábanas del fin, últimas imágenes, fin de las quimeras, del ser que llega, del ser que pasa, del ser que fue, fin de las mentiras. ¿Es posible, es esto en fin posible, que se extinga esa nada negra de sombras imposibles, al fin eso es factible, que lo infactible termine y se calle el silencio?, ella se lo pregunta, esta voz que es silencio, o yo, cómo saberlo, acerca de mi yo de dos letras, éstas son quimeras, silencios que se corresponden, ella y yo, ella y él, yo y él, y los nuestros, y los suyos, pero de quién, quimeras de quién, silencios de quién, viejas preguntas, últimas preguntas, acerca de nosotros que somos quimera y silencio, pero ha terminado, nosotros hemos terminado, nosotros que nunca fuimos, nada habrá allí donde nunca hubo nada, últimas imágenes. Y quién se avergüenza, a cada muda millonésima de sílaba, e inextinguible infinito de remordimientos socavándose, mordisco a mordisco, de haber de oír, de haber de decir, más allá del más débil murmullo, tantas mentiras, tantas veces la misma mentira y mentirosamente desmentida, cuyo silencio aullante es llaga de síes y cuchillo de noes, ella se lo pregunta. Pero el deseo de saber, ¿qué se ha hecho del deseo de saber?, ella se lo pregunta, no está, el corazón no está, la cabeza no está, nadie siente nada, nada pregunta, nada busca, nada dice, nada oye, es el silencio. No es cierto, sí, es cierto, es cierto y no es cierto, es el silencio y no es el silencio, nadie hay y alguien hay, nada niega nada. Y la voz, la vieja voz desfalleciente, se callará por fin que no será cierto, como no es cierto que hable, no puede hablar, no puede callar. Y habrá un día aquí, donde no hay días, aquí que no es un lugar, originado por la imposible voz el infactible ser, y un comienzo de día, en que todo será silencioso y vacío y oscuridad, como ahora, como pronto cuando todo haya acabado, cuando todo esté dicho, dice ella, murmura.